Según Carlos Marx el materialismo histórico desemboca , así, con mayúscula, en la dictadura del proletariado. Para el comunista —y doña Eulalia dice que lo es, como Diego Rivera afirmaba serlo— la marcha al socialismo está determinada fatalmente y no hay fuerza human ni mucho menos divina, puesto que son ateos, que pueda cambiar la dirección de esta marea. Si tal cosa creen fanáticamente quienes se llaman a sí mismos “socialistas científicos”, basándose para esa creencia en las machincuepas intelectuales del poderorísimo cerebro de un pésimo individuo como Carlos Marx, ¿con qué derecho juzgan de cobarde a Moctezuma, cuya actitud nació del dictado de los dioses, de las profecías sagradas en las cuales se fincaba no solamente su vida, sino la de todo su pueblo, la de todo su mundo? El sistema tenochca era de tal manera basado en la guerra, en el número de los prisioneros cogidos por los grandes guerreros para sacrificar, de modo que el rango venía de tales capturas, . Era Moctezuma quizá menos bestial que sus antecesores —especialmente menos que Ahuizotl, el padre de Cuauhtemoc, cuya orgía de sangre estremece— pero sin ser exquisito snob que pinta Magaña en su malhadada obra teatral, ni mucho menos, es perfectamente histórico el hecho de que agrandó como nadie el Imperio, hasta llegar a Centroamérica. Si la característica fundamental del azteca es su concepción sagrada del mundo, Moctezuma es el más azteca entre los aztecas, porque ante todas las evidencias que abren los ojos a Cuitlahuac y de Cacama y de Cuauhetemoc— por más que la figura de este último sea tan desvaida en lo histórico, que no en lo legendario, él persiste en sostener que SU religión, que SUS dioses tienen razón, que Cortés es el hombre de Quetzalcoatl, si no es que Quetzalcoatl mismo. (Y en última instancia quien tiene razón es Moctezuma, porque Quetzalcoatl es un hombre blanco y barbado que conoce técnicas insospechadas y que con ellas llegará un día para vencer a los mexicanos y hacerse dueño del Anahuac. De fracasar Cortés solamente se hubiese aplazado para cumplirse fatalmente el vaticinio absolutamente correcto de los dioses).

Hernán Cortés —ahí nuestra segunda herencia, la paterna, que indígena es la maternal— no se para en pintas para matar en lo adelante. Mata en batalla, y eso es lógico, paro mata en frío, en medio de la paz. Quema. Aniquila. Siempre de acuerdo con su plan, siguiendo una rigurosa economía del teror y su necesidad.

Espadas, armas de fuego, perros de presa y caballos, como armas ofensivas; el hierro y el cuero para defenderse de las flechas y las piedras y, sobre todo, la técnica de la guerra, superior en miles de años, hacen que los triunfos de los españoles, con ser inauditos de valor, no asombren demasiado, porque a la verdad ya el hecho de que los españoles no se espantaran ante la costa, ante los mosquitos, ante los sacrificios humanos, ante la jungla, ante la figura de la Iztlaccihuatl, nos prepara para aceptarlo todo, hasta lo sobrehumano. He oído muchas veces a los hispanistas de oficio y beneficio decir que los indios debían ser cobardones, porque eran en tal número aun con sólo escupir pudieran ahogar a los poquísimos españoles. Esto es una opinión de mentecato. Un hombre con una pistola, sin ser tomado por dios, domina si sabe dónde pararse, a cien o más hombres. La técnica empleada por los soldados españoles a quienes se cree seres sobrenaturales montados en enormes y terribles animales desconocidos, manejando el trueno a su antojo, es de tal modo superior, avanzada en relación con la pueril de los indígenas, que no hace falta recordar la exageración en la contabilidad para comprender que los indios no perdieron por cobardes, sino por inermes.